



EN REALIDAD
LA AMIGA SOY YO

HELENA APALATEGUI

EN REALIDAD
LA AMIGA SOY YO

HELENA APALATEGUI

En realidad la amiga soy yo

Primera edición: enero de 2021

Ielena Apalategui (texto)

Tania Ciffer (diseño de portada e ilustración)

@taniaciffer

rección y maquetación: Tinta Púrpura

los los derechos reservados

A mi padre

ÍNDICE

[apítulo 1: Victoria](#)

[apítulo 2: Julia](#)

[apítulo 3: Ana](#)

[apítulo 4: Alicia](#)

[apítulo 5: Treinta y ocho velas y un deseo](#)

[Nota de la autora](#)

CAPÍTULO 1: VICTORIA

INTERIOR/TARDE; ESCENARIO DE BAILE

(VICTORIA y ARTURO ensayan una escena de baile. Él la recoge del suelo y ella, suspendida en el aire, rodeada por sus brazos, se encuentra cara a cara con él. Se rozan los labios. Después, despacio, él la deja en el suelo. Ella le mira mientras él permanece con los ojos cerrados.)

ARTURO. *(Se distancia dos pasos.)* Muy bien, ha quedado bien. Sobre todo, la última parte.

VICTORIA. Sí. La próxima vez nos liamos. Ha faltado poco.

ARTURO. *(Saliendo de la sala, como si no la hubiera oído.)* Me voy a cambiar.

VICTORIA. Sí. Yo también.

(VICTORIA se queda sola en la sala de ensayo. Recoge una toalla del suelo y se seca el sudor de la nuca. Observa el suelo con la mirada perdida.)

INTERIOR/TARDE; VESTUARIO

(ARTURO y tres mujeres se cambian en el vestuario. ARTURO, sin camiseta y con una toalla alrededor de la cintura, mete su neceser en la taquilla. VICTORIA se acerca a ARTURO y le acaricia la espalda con un dedo índice hasta la cintura mientras avanza hacia la suya.)

VICTORIA. ¡Vaya David de Miguel Ángel! *(Con media sonrisa y dirigiéndole la mirada ya desde su taquilla.)* Es que no se puede estar más bueno. No te falta un músculo por marcar.

(ARTURO la observa serio y continúa cambiándose. Las mujeres que se estaban vistiendo salen del vestuario despidiéndose.)

MUJER 1ª. ¡Adiós!

MUJER 2ª. Hasta el viernes.

MUJER 3ª. ¡Adiós, chicos!

VICTORIA. Adiós.

ARTURO. *(Sin mirar a VICTORIA.)* No soy gay.

(VICTORIA *de espaldas a ARTURO, se gira sorprendida y mira a ARTURO, que continúa hablando.*)

RTURO. No sé si te das cuenta, solo te diriges a mí cuando no estamos ensayando, para hablarme de mi culo o de mi cuerpo. (*Levanta la cabeza y la mira fijamente.*) No soy gay. ¿Lo sabes?, ¿no?

ICTORIA. (*Todavía vestida, le mira perpleja y balbucea nerviosa.*) ¿Qué?

RTURO. No soy gay, no me gustan los tíos. Me gustan las mujeres. (*Avanzando lentamente hacia ella.*) Esas son las típicas cosas que le dices a tu amigo gay, o a un *stripper* al que estás pagando. Lo digo porque me tratas como a un trozo de carne, me tocas como si no me importara, (*a medio metro de VICTORIA*) y te has tomado unas confianzas conmigo que no creo que te haya dado. Y solo conmigo, además. (*Carraspea.*) Con el resto eres muy respetuosa.

(*ARTURO y VICTORIA se miran unos segundos en silencio.*)

RTURO. ¿Y?

ICTORIA. Es que no sé..., no se me...

RTURO. ¿Te gusto?

ICTORIA. (*Agachando la cabeza y fijando la mirada al suelo.*) ¿Qué dices?

RTURO. ¿Te estabas insinuando? ¿O eres una descarada?

(*VICTORIA levanta la mirada con una sonrisa nerviosa, establece contacto visual unos segundos y vuelve a apartar la mirada.*)

RTURO. Si te gusto, en vez de tocarme el culo en el gimnasio, me podrías haber invitado a una cerveza... Dime.

ICTORIA. (*Mirándole a la cara.*) Sí.

RTURO. (*Bajando la mirada.*) Hay un bar a diez minutos de aquí, que han abierto hace poco. Hay música en directo. (*Alza de nuevo la mirada.*) Si estás libre el viernes después del ensayo, vamos. (*ARTURO se gira y se aleja unos pasos.*) Si te apetece, claro.

ICTORIA. (*Mirándole.*) Vale.

RTURO. (*Mirándola de perfil.*) Bien.

(*ARTURO agarra un jabón de la taquilla, sale del vestuario y se mete en la ducha. VICTORIA*

resopla y comienza a desnudarse.)

INTERIOR/TARDE; CAFETERÍA

(ANA, sentada en una mesa, bebe una copa de vino y mira el reloj; a los pocos segundos entra ALICIA y la saluda, muy expresiva, desde la puerta. Se acerca a ANA y la abraza. Desplaza una de las sillas de la mesa, cuelga el bolso del asa y el abrigo en la silla, se sienta y hace una señal a un camarero. Este se acerca.)

AMARERO. Hola, ¿cómo estás?

LICIA. Muy bien, ¿y tú?

AMARERO. *(Mirando a las dos.)* Muy bien.

LICIA. ¿Los niños?

AMARERO. Muy guapos; e insoportables.

LICIA. Lo normal a esa edad.

AMARERO. Estoy por quedarme solo con uno de ellos. Como son iguales, al otro no lo echaré de menos. *(Riéndose.)* ¿Qué te pongo?

LICIA. A mí una copa de vino. *(Con un gesto de la mano le pide al camarero que se acerque y le susurra algo al oído.)*

AMARERO. *(Sonriendo y mirando a ANA.)* Oído. Enseguida.

(El camarero se retira.)

ANA. ¿No habrás pedido que traigan una tarta?

LICIA. ¡Ay! Qué pesada. Es vuestro cumpleaños. *(Efusiva.)* ¡Felicidades! No te he dado ni un beso.

(ALICIA se acerca a ANA la besa, abraza y se vuelve a sentar.)

ANA. ¿Y qué tienes? ¿Treinta y ocho velas en el bolso? Que ¡por cierto! Julia es una pesada. Me dijo que llegaría puntual. ¿Ni en su cumpleaños?

LICIA. Mírala. *(Señalando a JULIA que entra a la cafetería.)* Ahí viene la otra melliza de Santa Clara.

(JULIA se acerca a la barra antes de saludar y habla con el camarero, después abraza a ALICIA y le tira de la oreja a ANA.)

NA. ¡Ay, por favor! ¡Qué daño! Siéntate, *please*.

JLIA. Qué gruñona eres. *(Sentándose.)*

NA. Has llamado a mamá.

JLIA. Es mi cumpleaños. Se supone que me tiene que llamar ella.

NA. O sea, que no.

JLIA. Luego la llamo. ¿Dónde está la artista?

LICIA. Tenía ensayo, llegaba un poco tarde.

JLIA. Pues que llegue enseguida porque tengo muchas novedades.

LICIA. Se te ve muy contenta.

NA. Está flotando. ¡Mírala! Levita.

LICIA. ¿Tú sabes lo que le ha pasado?

NA. Te lo puedo contar en tiempo real.

JLIA. ¡Qué exagerada eres! Te lo he contado una vez.

(VICTORIA interrumpe la conversación. El resto, concentradas, no la ven hasta que llega a la mesa. Abraza a JULIA y a ANA por detrás.)

ICTORIA. ¡Felicidades! *(Gritando.)* ¡Qué ilusión! *(Se quita el abrigo y se sienta mientras las demás la observan. En ese momento llega el camarero con un vino blanco una botella de champán y cuatro copas.)*

AMARERO. El champán es cortesía de la cumpleañera. *(Sirve a las cuatro.)* ¿Algo más?

ICTORIA. No, gracias.

(El camarero se marcha.)

LICIA. ¡Qué bien! Ya tenemos todas treinta y ocho.

NA. *(Con tono irónico levantando la copa.)* ¡Yupi!

ICTORIA. Chicas, estoy muy contenta. Mucho.

NA. ¿Qué te ha pasado?

ICTORIA. Me ha pasado Arturo. *(Tapándose la cara.)* Arturo me ha pasado. Se ha enfadado conmigo. Mucho. Se ha encarado y ha sacado toda la mala leche que no sabía que tenía, en el vestuario, en toalla, mientras me clavaba la mirada y me decía que yo era una acosadora y que si quería una cita que se la pidiera. Que dejara de meterle mano y tratarle como un

amigo gay, me ha dicho. ¡Qué mono!, y ¡qué vergüenza!

LICIA. ¡No me extraña! Es que te tenía que pasar. Pareces sacada de una despedida de soltera. Te falta la polla en la cabeza. No se puede tratar a los tíos así.

JLIA. (*Mirando a ALICIA.*) Déjala acabar.

ICTORIA. Me he bloqueado. No me salían las palabras. No sabía que tenía ese genio. Es siempre tan callado y respetuoso... Y como creía que pasaba de mí y me daba tanta rabia porque él me encanta...

LICIA. Le tratabas fatal.

ICTORIA. Sí.

LICIA. Un clásico tuyo.

ICTORIA. El caso es que me ha pedido una cita.

JLIA. ¿Qué dices? (*Agarra a VICTORIA de la mano.*) ¡Qué bien!

ICTORIA. Ya no sé cómo comportarme con él. Lo digo en serio.

LICIA. No prepares un papel. Si te sale ser tímida, selo. No pasa nada. Ya te soltarás. A los hombres también les gusta sentirse especiales. ¿Qué es lo que más te puede gustar? Que un tímido te robe un beso, o que el *killer* de turno que se ha tirado a medio Madrid se ponga nervioso al hablar contigo. Sentirte especial. Los tíos son iguales. Si ve que estás cohibida, al principio, con la cara que tú tienes, se sentirá especial. Tienes que ser tú misma. ¿Estás haciendo los ejercicios que te recomendé el otro día?

JLIA. ¿Qué ejercicios?

LICIA. Ejercicios de conocimiento personal. Escribir preguntas y respuestas para conocer lo que realmente piensas de ti misma.

ICTORIA. Movidas de meditación. (*Mirando a JULIA.*)

LICIA. No son movidas de meditación. Tienes un comportamiento, a veces, de cría insegura, y yo lo entiendo. A mí me ocurre mucho, pero es mejor trabajar en ello porque te quedan muchos años contigo y hay cosas que se ven desde el exterior y una misma es la última que las ve, las tienes tan programadas que ni las registras. Para tener una relación sana has de caerte bien y sentirte a gusto en tus zapatos.

ICTORIA. Odio esa expresión, en español no la utilizamos, además, es una traducción del inglés. ¡Qué manía!

LICIA. Es cierto, la que come emparedados y no sándwiches, y usa pañuelos de papel, no *kleenex*.

(ANA y JULIA se miran con complicidad y sonríen.)

NA. Pasáis demasiado tiempo juntas, (*señalando a VICTORIA y ALICIA*) lo sabéis, ¿no?

JLIA. (*Carraspea.*) Yo tengo una novedad y es importante.

NA. A ver, ¿novedad! (*Frotándose las manos.*)

CAPÍTULO 2: JULIA

INTERIOR/DÍA; APARTAMENTO DE JULIA

(JULIA permanece unos segundos sentada en el sofá y se levanta de un salto, sorprendida por el sonido del teléfono.)

JLIA. *(Con voz malhumorada.)* Está para sordos, a ver cómo coño se baja el volumen de esto... *(Comienza a tocar todos los botones del teléfono, mientras, el volumen del teléfono desciende y por fin, coge.)* ¿Dígame? *(Pausa.)* ¿Marcos? ¡Cómo que estás aquí, aquí!, *(pausa)* y ¿por qué no has llamado al timbre de abajo? *(Pausa.)* ¡Ya voy! ¡Ya voy!

(JULIA abre la puerta de abajo, la puerta de su casa, y oye por una voz que proviene de las escaleras, profundas exhalaciones.)

JLIA. ¿Qué te pasa? Que parece que estás teniendo un ternero.

(Por fin aparece MARCOS con un montón de bolsas en las manos y, sin saludar, entra directamente a la cocina. Después de dejar las bolsas encima de la mesa se sirve un vaso de agua del grifo. Sigue exhalando. Luego se vuelve a servir otro vaso. JULIA le observa inmóvil desde la puerta de la cocina.)

MARCOS. Julia, bonita, si te llaman por teléfono y piensas cogerlo, te pido por favor que lo hagas antes de la undécima. Nunca he entendido a la gente que coge el teléfono después del sexto tono.

(MARCOS avanza hasta el salón y detrás de él sigue sus pasos JULIA.)

JLIA. Pero ¿qué dices? ¿Qué haces?

(MARCOS se sienta en el sofá después de ahuecar los cojines.)

MARCOS. Si pretendes coger la llamada, hazlo, si no la quieres coger no lo hagas, pero no esperes a que se me corte la circulación de los dedos, para contestarme. *(MARCOS le enseña las*

yemas de los dedos.)

JLIA. ¡Llama a la puerta la próxima vez!

IARCOS. Yo a las casas no llamo nunca sin avisar antes. Es de muy muy mala educación.

(JULIA le observa atónita.)

IARCOS. Si te llamo por teléfono y estás en la cama con alguien, o haciéndote las ingles, me dirás que no es buen momento para hablar y yo me voy a mi casa sin molestar a nadie. Si te llamo abajo, no te vas a atrever. Molestaré y yo odio a los inoportunos, más a los pesados, y más aún a los que comen con la boca abierta, pero a los inoportunos los tengo colocados en el puesto número tres del odio.

JLIA. ¿Qué traes en las bolsas?

IARCOS. Sí, tráemelas que te lo enseñe.

(JULIA se acerca a la cocina y le trae tres bolsas de papel llenas de cosas.)

IARCOS. No es todo comprado ¿eh? Hay cosas que las traigo de casa. Pero como sé que estás de no, y yo no tengo mucho tiempo, y menos paciencia, prefiero hacer las cosas a mi modo. No has leído el mensaje que te he enviado al móvil. Está claro, porque estás de muy buen humor y no me has interrumpido desde que he llegado.

JLIA. Hace mucho que no miro el móvil.

IARCOS. Vamos a ver. Esto es fundamental. *(MARCOS saca un vestido negro ajustado.)* Vamos a ver, este es de tu talla, porque con lo depre que has estado estas últimas semanas, has adelgazado mínimo tres kilos, y estás para dentro, ya no tienes ni la tripa esa de estatua renacentista que conservabas desde los noventa, ni nada. Espera, que todavía no he acabado; hay dos cosas más. No preguntes ni me interrumpas.

(MARCOS saca un neceser con un antifaz, unos tapones, hilo dental, un minicepillo de dientes y un botecito pequeño con aerosol.)

IARCOS. *(Agarrando el botecito pequeño de aerosol.)* Aquí echas tú la colonia o perfume que te apetezca para sentirte fresca y que no te sorprendas en otra casa o en un hotel sin nada a mano. Este neceser es pequeño te cabe en el bolso.

(MARCOS saca un papel de la cartera. JULIA continúa mirándole con la boca abierta.)

JLIA. No entiendo nada.

MARCOS. *(Agarrando el vale sacado de la cartera.)* Este es un vale de peluquería para que vayas, *(tocándole el pelo)* si puede ser esta misma tarde.

(MARCOS continúa sentado y saca su móvil.)

MARCOS. *(Gritando.)* No quiero que te adelantes, ¿eh? He invertido muchísimo tiempo del que no tengo en esto. Y me vas a escuchar hasta el final. Te he abierto un perfil en Tinder. No sabes lo difícil que es fingir ser mujer el cincuenta por ciento del día y ligar con heteros sabiendo que no vas a poder hincarle el diente a ninguno. Tienes una cita esta noche y me da igual que no te sientas preparada, que no lo conozcas o que te dé corte. Llevo chateando dos semanas con tíos de toda la provincia y finalmente he conocido a alguien decente, bastante atractivo, que parece que te comprende.

(JULIA se levanta.)

MARCOS. *(Con las manos entre la cabeza gritando.)* ¿A dónde vas?

(Se oye la voz de JULIA a lo lejos.)

JLIA. A por una copa de vino

MARCOS. Pues tráeme una, o mejor, trae la botella.

(JULIA se sienta en el sofá junto a MARCOS, abre la botella, sirve dos copas de vino y bebe un buen trago.)

JLIA. Me parece increíble que hayas hecho todo esto; ¿pero tan mal me veías?

MARCOS. Me estaba dando mucha pereza quedar contigo y veía que cada vez estabas peor, esto del Tinder es una doble inversión, para nuestra relación y para la futura que puedas tener. Por cierto, los 150 euros que pusiste para la boda de los Pablos de mi parte se han ido en el vale y el vestido, así que estamos en paz. *(Bebe un trago de vino.)* A ver, no te voy a enseñar la foto ya. No quiero que te anticipes, te voy a contar hasta ahora qué ha pasado en vuestras conversaciones. *(Mirando el móvil.)* Te entró con una cita de Casablanca, increíble para no ser gay.

JLIA. ¿Cuál?

IARCOS. «De todos los cafés y locales en el mundo apareces en el mío».

JLIA. Eso es muy raro, no tiene sentido.

IARCOS. Su foto de perfil es de su café-restaurant y al fondo se vislumbra su silueta, es muy chula. Tiene sentido y gracia.

JLIA. Eso lo utilizará con todas.

IARCOS. Te veo muy fácil y receptiva. Sigo. Enseguida habéis empezado a hablar de cine, os gusta mucho a los dos, y también de cocina. Es un auténtico chef.

JLIA. Pero si yo no tengo ni idea de cocinar.

IARCOS. Pero te encanta comer. (*Enseñándole una foto.*) Mira qué plato. No te preocupes, que él quería cocinarte algo en casa, y como sé que tú eres muy neurótica y te gusta llevar el control, te he citado aquí, donde no vas a ver a nadie por sorpresa y te sientes en tu terreno.

JLIA. Sigue.

IARCOS. Tiene una hija.

JLIA. Uf, qué pereza...

IARCOS. Es adolescente, así que será bastante independiente. Y a lo mejor es encantadora, así que por favor no te pongas quisquillosa. ¡Ah!, y lo dejó con su ex hace dos años.

JLIA. Bueno, venga déjame la foto, que quiero ver cómo es, y saber lo que nos hemos contado, que me lo tengo que aprender de memoria. (*Mirando la foto, perpleja con los ojos abiertos.*) No me lo puedo creer. No me lo puedo creer. ¡Pero si es Luis!

IARCOS. ¿Quién?

JLIA. Luis, mi primer novio. Pero esto no puede ser. ¡Pero qué casualidad! ¿Y no me ha reconocido?

IARCOS. Mira tu foto de perfil.

JLIA. ¡Si llevo puesta una careta de Marilyn!

IARCOS. Chica, ¿qué quieres? Quería mantener tu intimidad salvaguardada. En esta foto se te ve un tipo mono, de hecho, vas medio desnuda y no se te ve la cara. Es muy positivo que alguien quiera quedar contigo sin saber qué hay detrás de la careta. Me parece un punto a su favor. Pero, vamos, me parece de matrícula de honor que te haya encontrado a tu primer novio. Estoy asumiendo ahora mismo que hay en el mundo otra cosa más que se me da bien, puedo ser celestina profesional, o *madame*...

(*JULIA interrumpe a MARCOS mientras da vueltas por el salón inquieta.*)

JLIA. ¡Pero qué tonterías dices, por favor! A ver, que no sé qué hacer.

IARCOS. ¿Pero por qué lo dejasteis?

JLIA. Me dejó él.

IARCOS. ¿Por qué?

JLIA. Por quién.

IARCOS. Uy, uy, uy. Oy, oy, oy. Qué mal pinta esto, con las esperanzas que había yo depositado en mi Luis.

JLIA. En realidad, no fue tan malo. Él, me refiero, la situación fue malísima.

IARCOS. A ver cuenta, hija, cuenta. Tanto prolegómeno. ¡Venga!

JLIA. Estábamos saliendo, hace de esto ya más de quince años. El caso es que llevábamos tres años juntos. Yo estaba en la universidad, y él acababa de encontrar su primer trabajo en Salamanca. Al principio pensamos que era mucha distancia para chicos de veinte años, así que decidimos dejarlo, pero al cabo de tres meses, como lo pasábamos tan mal separados, lo volvimos a intentar. Estábamos muy enamorados y decidimos continuar la relación a pesar de todo y vernos los fines de semana. Pero cuál fue mi sorpresa cuando, un mes después de volver, me dice que lo siente mucho, pero que lo tiene que dejar porque había dejado embarazada a una chica con la que había estado saliendo el tiempo que estuvimos separados y que se iba a casar con ella.

IARCOS. ¡Vaya culebrón!

JLIA. Imagínate, los últimos dos años de universidad cómo estuve. Saqué unas notazas espectaculares, no volví a pisar un bar ni a salir con un chico. Me quedé encerrada en casa en chándal los siguientes cien fines de semana.

IARCOS. Lo que te gusta a ti un drama y regodearte no es normal. Porque que te gusta; ¡te gusta! Te imagino deprimida con tu sudadera de chándal y tu trenza, ¡qué horror!

JLIA. Éramos dos niños, pero fue una relación de adultos. Nos apoyamos él uno en el otro con una madurez impropia de nuestra edad. Se divorciaron sus padres mientras salíamos y sufrió mucho. Sobre todo, por su padre, que se quedó en casa solo, su madre se volvió a casar enseguida. Recuerdo pasar tardes de domingo con Luis y su padre. Él estaba pendiente de todos siempre. De su padre, de su hermano, y especialmente de mí. No he conocido persona menos celosa y envidiosa en mi vida.

IARCOS. ¡Ay!, Julia...

JLIA. Recuerdo que, después de que lo dejásemos, durante mucho tiempo, incluso saliendo con Manuel, escuchaba su voz en mi cabeza, animándome o echándome la bronca. Cuando tenía que entregar un trabajo y pensaba que no me iba a dar tiempo, cuando discutía con mi madre, o me daba pereza acabar la sesión de ejercicios del gimnasio. Era Luis el que me animaba o me regañaba diciéndome que no fuera dejada y que empezara lo que había acabado.

IARCOS. Hasta que me conociste a mí, claro. Ese puesto lo he heredado yo. Ahora es mío por derecho.

JLIA. Es una pena de verdad, Marcos. No sabes lo difícil que es estar enfadada con alguien al que echas tanto de menos y que quieres tanto. Le deseaba que fuera infeliz, que no prosperara profesionalmente y que la tía por la que me había dejado fuera aburrida.

IARCOS. Uy, qué mala. ¡Niña! ¡Eso no! Aburrida es lo peor. Se puede ser muchas cosas, pero que te aburran no tiene perdón de Dios.

JLIA. Por eso se lo deseé, porque él y yo nos lo pasábamos genial juntos. Nos acabamos las frases y nos reíamos mucho él uno del otro. Le deseaba que estuviera con alguien a la que le tuviera que explicar las gracias y las frases con doble sentido. Una tía gris.

IARCOS. Pues yo, con mi recién papel estrenado de Julia, no he conseguido averiguar de su ex. Eso ya te lo dejo a ti para que se lo preguntes. Pero seguro que en mala suerte has ganado tú porque: Manuel, tela... tela con Manuel. ¡Vaya fichaje! Te dejó mal. Ahora que, si comparamos a Luis con Manuel, la experiencia fue aún peor, por lo que veo. Vaya cambio ¿Tuviste algún novio más en medio?

JLIA. Qué va...el siguiente chico que conocí fue Manuel, y lo siguiente ya lo sabes.

IARCOS. Pues ya te podrías haber dejado la sudadera puesta y quedado en casa, reina. Te engaño, te mintió, te saqueó... Ese como actor habría tenido un futuro bárbaro. Porque llevaba una doble vida a tu costa...

JLIA. (JULIA *le interrumpe.*) Que ya, que ya... que yo también estaba allí, no me lo recuerdes, ¡qué desagradable! (JULIA *se queda unos instantes pensativa mirando el móvil y la foto de LUIS.*)

IARCOS. A lo que íbamos. ¿Qué hacemos? Él no sabe que ha quedado contigo.

JLIA. No.

IARCOS. Y por lo que me ha contado en el chat, que ahora leerás, la chica de la que se ha separado hace dos años es la de Salamanca. Esto es muy fuerte; (MARCOS se levanta y se pone a caminar) es ¡tan emocionante! Si no fuera porque no tengo facilidad de lágrima, lloraría ahora mismo. ¡Pero di algo, vegetal!, ¡venga, mujer! ¿Qué necesitas para que la vida te sacuda? ¿O crees que esto pasa un par de martes al mes? ¡Por Dios! ¿Sabes las probabilidades que tenía yo de escoger de entre todos los hombres que he visto, a tu primer novio, que él me siga el rollo, que hayáis quedado en tu casa, en tres horas?

JLIA. (Gritando.) ¿En tres horas? Espera, espera, espera.

(JULIA *agarra la copa de vino y MARCOS se la quita de las manos.*)

IARCOS. Espera, bonita, espera. No he estado yo desplegando todos mis encantos, siendo ocurrente, inteligente, divertida y sexy, para que parezcas el día de la cita una de las Grecas; no más alcohol. Luego con él ya te animas.

JLIA. ¿Pero cómo que con él? Que no estoy nada segura de quedar, que estoy muy nerviosa, tampoco te creas que acostarse con una chica cinco minutos después de separarnos y dejarla embarazada le convierte en el Príncipe Azul.

IARCOS. A ver, tenía veinte años, ni siquiera estabais juntos. Parece encantador.

JLIA. Sí, pero...

IARCOS. De «sí, pero...» nada.

JLIA. No sé si es una buena idea, aparecer sin decirle nada. Su foto aparece en el perfil. No va a pensar que nadie es tan colgado como para dejarse manejar por alguien como tú de esa manera. A lo mejor se cree que lo he preparado todo partiéndome de risa con mis amigas. O a lo Glenn Close en *Atracción fatal*, ahora tengo su mismo pelo. ¿Y si cuando me vea se cree que he urdido este plan para devolvérsela después de quince años?

IARCOS. ¡Ay, de verdad!, no sé si es mejor darte, quitarte el vino, dejar que te bebas la botella... porque cuando estás sobria eres tan neurótica...

JLIA. Es que estoy muy nerviosa no sé qué hacer.

IARCOS. Yo te entiendo perfectamente.

JLIA. *(Sonriendo, con cara de alivio.)* ¿Sí?, ¿en serio?

IARCOS. Totalmente. Yo creo que lo mejor es que, cuando llegue, te tomes algo con él, le expliques tranquilamente lo que ha ocurrido, y entonces yo salgo de tu cuarto, y me presento. Así verá que es verdad y que no le engaño. Le enseño mi móvil con nuestras conversaciones...

JLIA. *(Interrumpiéndole.)* Pero ¿qué dices?, de ninguna manera... Sí, claro... y ¿qué más?

IARCOS. ¡Encima!

JLIA. ¡Pero tendrás cara! Tú lo que quieres es cotillear y punto.

IARCOS. Muchas gracias. Con lo que estoy ofreciendo yo en esta historia, que ya formo parte de ella y todo, como un integrante más, que me relegues a este segundo plano... Gracias.

JLIA. Que no te hagas la víctima; haz el favor de entender que no vas a aparecer aquí como el tramoyista de la obra. Que esta es mi vida.

IARCOS. Cómo te pones...

JLIA. No. Porque te conozco y sé que, si te dejo, haces tu aparición estelar con mi quimono de flores aplaudiendo y gritando ¡qué viva el amor y el deseo!

IARCOS. *(Riéndose.)* Uy, lagarta, cómo me conoces.

JLIA. *(Se pone de pie, y grita.)* Bueno, entonces, ¿qué hago?

IARCOS. Yo lo que haría es ir arreglándome. Vete a la peluquería, te maquillas, cambias las sábanas, repasa el baño y enciende un par de velas aromáticas. Cuando llegue ya lo veréis. Yo estoy supernervioso. Mucho...

JLIA. Pues imagínate cómo estoy yo. Es que no me puedo creer lo que está pasándome. Pero la

vida... ¿cómo nos pone en estas situaciones?

MARCOS. «Nos» no, «te». Mi vida no es una novela mexicana. Me faltan secundarios y extras como yo, amigos como yo, que le den un giro. Mejor... que le den la vuelta como a un calcetín. Que me pasen cosas, ¡joder!

JULIA. Es cierto. (JULIA abraza a MARCOS.) Te tengo que agradecer mucho lo que acabas de hacer por mí, salga como salga esta noche. Esta historia la tenía que acabar y tú lo has hecho posible. A partir de ahora, voy a ser tu secundario loco, tu extra convulso que mueva los acontecimientos de tu vida como una maraca, para que no te aburras y los años se llenen de historias que contar.

INTERIOR/NOCHE; APARTAMENTO DE JULIA

(JULIA lleva el vestido negro. Muy bien peinada, se pinta los labios, se coloca un collar, enciende un par de velas, mientras, suena la música de Los Secretos, «A tu lado». Justo antes del último estribillo de la canción suena el timbre de arriba. JULIA abre inmediatamente la puerta y aparece LUIS con una botella de vino en la mano izquierda. JULIA da un paso atrás, creando un espacio ente los dos, pero no dice nada. LUIS deja los brazos muertos permanece inmóvil.)

LUIS. *(Con una media sonrisa hace una pausa mirando al suelo por un segundo, y luego vuelve a establecer contacto visual con JULIA.)* Fíjate que lo he pensado, ¿eh? Pero me he dicho: no... ¡no tendré tanta suerte!

(JULIA recula de nuevo otro paso más, esta vez con la mano en la boca. LUIS, al alejarse JULIA, se acerca decidido a ella y le agarra de la cabeza por detrás para besarla.)

INTERIOR/TARDE; CAFETERÍA

(En la cafetería VICTORIA y ALICIA con los ojos como platos apenas pueden respirar, no dan crédito a la historia que JULIA les acaba de contar. Se hace un silencio en la mesa hasta que ANA interviene.)

ANA. ¿Cómo es esta historia? Porque es mi hermana, pero me la cuenta cualquier otra persona,

incluyéndoos a vosotras, y no me la creo. Es tan perfecta que es hasta cursi. Esto no se puede contar, mejor miente y di que os habéis conocido porque os intercambiaron las maletas en el aeropuerto, o mejor, en Alsa. Eso resta mucho *glamour*.

ICTORIA. ¡Me alegro tanto, tanto!

(VICTORIA se incorpora y abraza a JULIA. ALICIA le agarra la mano y le sonríe con cara de complicidad.)

JLIA. Bueno, estoy feliz. Pero, ya está. No quiero acaparar la reunión. Ahora voy a dar paso a mi hermana, que tiene que contaros otra aventura.

NA. ¡Ay!; no sé si me apetece romper el clima. Tampoco es que sea una alegría de vivir, la experiencia.

JLIA. ¡Venga! Que te va a sentar bien desahogarte. Esto es una de nuestras clásicas puestas en común, que te va a dejar como nueva.

LICIA. Te ahorramos horas de terapia.

NA. Tengo que volver al psicólogo, por cierto.

ICTORIA. ¡Ay, querida! Te ayudamos a hacer el resumen que le vas a contar y, si te descuidas, no te hará falta ni la sesión.

NA. Bueno ahí va...

CAPÍTULO 3: ANA

INTERIOR/TARDE; SALA DE ESTAR DE UN BED AND BREAKFAST

(En una sala de estar decorada con un par de butacas, un tresillo, una mesa y una lámpara de pie, ANA lee una revista mientras toma una taza de café. Le suena un mensaje en el móvil y sonriendo lo lee. A continuación, prosigue con la lectura. Detrás, MATÍAS continúa hablando con el móvil de pie dándole la espalda, apoyado en una columna de la sala de estar. No se oye la conversación. Se gira y contempla a ANA de espaldas, un par de minutos, mientras continúa hablando por el móvil. Poco después, Jacobo se acerca a ANA lentamente sin dejar de hablar por teléfono. Le toca la espalda con el índice y le acerca veinte euros que se la han caído de la chaqueta apoyada en el tresillo. ANA se gira, toma el billete y le hace un gesto de gratitud. MATÍAS asiente sin hablar. Mientras escucha a su interlocutor del teléfono, se aleja unos pasos.)

MATÍAS. No le envíes nada todavía. Primero compruébalo, léelo dos veces. Después envíaselo si quieres, pero ponme a mí en copia para evitar problemas. No te preocupes, seguro que se retractará.

(MATÍAS camina dando pequeños círculos a unos metros de ANA. ANA finge leer, pero, de espaldas a MATÍAS, presta atención a la conversación. MATÍAS cuelga el teléfono y ANA vuelve a enfocar su mirada en el libro. MATÍAS se acerca al sofá más cercano y se sienta a pocos metros de ANA.)

MATÍAS. ¿Puedo? (señalando el sofá de la izquierda de ANA.)

(ANA deja de leer, levanta la cabeza y le dirige la mirada a MATÍAS.)

ANA. Sí, claro, por favor. No hay mucho sitio en las zonas comunes de este hotel.

MATÍAS. *(Sonriendo.)* No fue esa la primera frase que me dijiste.

ANA. ¿Ah, no? ¿Cuál fue?

¡ATÍAS. Fue: sí, claro, yo de todas formas ya me iba.

NA. ¡Qué desagradable! ¿No?

¡ATÍAS. Cortante.

NA. ¡Y qué buena memoria!

¡ATÍAS. Han pasado cuatro días desde que nos conocimos; no tiene mucho mérito, pero, aunque hubieran pasado cuatro años, también me acordaría.

NA. Como te gustan estas frases de película.

¡ATÍAS. Me salen solas.

NA. Lo sé.

¡ATÍAS. Además, es cierto.

NA. ¿Qué hace que dos desconocidos intimen en un lugar, sin ningún nexo en común, en tan poco tiempo?, y no me refiero al sexo.

¡ATÍAS. Sé que no te refieres al sexo. *(Carraspea.)* No lo sé. Me reí a carcajadas la primera vez que hablamos, y yo no me río a carcajadas. Tampoco establezco contacto con desconocidos. No me gusta la humanidad.

NA. ¿En general?

¡ATÍAS. En general. Soy un hombre muy desagradable, pero un gran actor. Interpreto al hombre encantador, de hecho, lo hago muy bien. Pero requiere energía y, con la edad, más.

NA. ¿Y por qué lo haces?

¡ATÍAS. Porque soy muy superficial. Quiero caer bien, incluso a los que no voy a volver a ver en mi vida. Me gusta dar una buena imagen. Es agradable ser uno mismo por una vez.

NA. Así que este eres tú.

¡ATÍAS. Sí. Tengo mala leche por las mañanas y he hecho un esfuerzo de contención. No quería que lo descubrieras tan pronto. Y tampoco me gustó en nuestra primera cena el plato que me sirvieron. La carne estaba demasiado hecha. Me la comí y no le dije nada al camarero para que no pensaras que era un maniático exigente. Salvo eso... si, este soy yo.

(ANA le agarra la mano a MATÍAS, y él se suelta con suavidad.)

NA. ¡Ay, perdona! Se me había olvidado que no te gustan las muestras de cariño en público.

¡ATÍAS. Será en público. *(Sonriendo.)*

(ANA y MATÍAS se miran durante unos segundos en silencio. Y MATÍAS aparta la mirada.)

NA. ¿Te cuento una cosa?

¡ATÍAS. Claro.

NA. Yo soy muy rancia. Jamás he intimado con nadie que no me hubieran presentado. Y he tenido muchas oportunidades. Sobre todo, siendo fumadora.

IATÍAS. ¿Eras fumadora?

NA. Era fumadora. Me he encontrado en varias situaciones. Una vez, volviendo a casa, dos chicos me invitaron a hacer un trío con ellos en un hotel de cinco estrellas, solo por pedirles fuego.

IATÍAS. ¡Claro que sí!, por intentarlo... Hay que ser optimistas.

NA. Y me han invitado mil veces a tomar algo a las tantas de la mañana, después de pedirme un cigarro. Nunca lo he hecho. No con un desconocido.

IATÍAS. Yo no soy un desconocido.

NA. Eras un desconocido cuando te conocí y podrías haber sido un asesino en serie.

IATÍAS. Eso es lo típico que se dice. Nadie es un asesino en serie. Están todos en países nórdicos y de Centroeuropa, donde el paro es del tres por ciento y tienen tiempo de tener crisis existenciales, tiempo de organizar y planear crímenes.

NA. Podrías haber sido un vicioso, o un ladrón.

IATÍAS. ¿O un vicioso ladrón?

NA. Podrías estar casado...

IATÍAS. Por eso decidimos confiar el uno en el otro y en la historia que nos contamos cuando nos conocimos. Tú podrías haber estado esperándome con cinco mujeres en la cama deseando aprovecharos de mí y no lo hiciste. Afortunadamente. *(Hace una pequeña pausa después de sonreír.)* La última vez fue agotadora.

NA. No cambies de tema, por favor.

IATÍAS. No lo estoy haciendo.

NA. A estas alturas sé que sabes lo que pienso.

IATÍAS. ¿Ah sí? *(Coloca su mano en la frente y se frota la cara de cansancio.)* ¿Y cómo es eso?

NA. En algún momento tendremos que sacar el tema.

IATÍAS. ¿Cuál?

NA. Tú te vas mañana.

IATÍAS. Sí.

NA. Lejos.

IATÍAS. Y tú también te vas.

NA. Sé que hemos escabullido el tema desde la primera noche que cenamos y pasamos la noche juntos. No quiero dedicarle una hora, pero tampoco sobrevolarlo.

IATÍAS. Nos vamos a poner tristes y es nuestro último día.

NA. Lo prefiero.

IATÍAS. Yo vivo en un avión. Te he conocido a ti. Lo último que esperaba que me ocurriera y tal vez por eso me he dejado llevar de esa manera, porque no tenía puesto ningún escudo ni

saltó una señal de advertencia. Yo estuve con muchas mujeres antes de casarme, pero no había estado con ninguna desde que mi mujer murió hace año y medio. Así pensaba que iba a vivir una temporada, solo, y esta ha sido mi sorpresa. No quiero estropear estas últimas veinticuatro horas pensando en si nos volveremos a ver o no. No quiero convertir esto en una aventura ni tampoco convertirlo en algo que no va a ser, una inmediata ruptura de la vida que los dos conocemos.

NA. Prefieres dejarlo en un final abierto.

IATÍAS. Sí. Quita final. Prefiero dejarlo abierto.

NA. Ojalá fuese mañana.

IATÍAS. ¿Por qué?

NA. Me va a dar muchísima pena despedirme de ti y, sin embargo, lo estoy pasando peor ahora.

¿No te has fijado? La antesala del dolor, la espera es lo peor. Prefiero zambullirme en el dolor que los segundos antes de que ocurra. Como los segundos antes de bañarte en el Cantábrico en mar abierto, es mejor hacerlo rápido. La espera es lo que te mata.

IATÍAS. O lo mejor; cuando te vayas fantasearé despierto por las noches con la próxima vez que nos veamos y, cuando esté viajando en un tren, avión o autobús, cerraré la página del libro que esté leyendo con el dedo índice marcando la última palabra y miraré por la ventana, en ese momento estaré pensando en ti.

NA. ¿Qué vamos a hacer?

IATÍAS. ¿Qué propones?

NA. ¿Yo? volver a casa y perder el contacto por lo menos un mes. Si en un mes tenemos claro que queremos seguir con esto, a pesar de que vivamos cada uno en una parte del mundo, podemos pensar en encontrar un modo de acercarnos. Alguno de los dos tendría que sacrificar su trabajo y sus amigos...

IATÍAS. Te entiendo, lo entiendo.

NA. Voy a subir a mi habitación. *(Levantándose del sofá.)* Y me voy a echar una siesta.

IATÍAS. Yo te esperaré aquí dentro de tres horas. Descansa mucho.

INTERIOR/NOCHE; RECEPCIÓN DEL HOTEL

(ANA se acerca al sofá vacío y se sienta. A los pocos segundos la voz del recepcionista.)

ECEPCIONISTA. ¡Señora, señora! Le han dejado una nota.

NA. ¿Una nota? *(Girándose, ANA se acerca a la recepción. Abre un sobre y lee.)* «Me he adelantado y me he saltado la antesala al dolor. Me ha encantado conocerte. Esperemos que nuestros caminos se vuelvan a cruzar». *(Después, tras unos segundos en silencio, observa*

al recepcionista, que permanece inmóvil y callado.)

ECEPCIONISTA. *(Carraspea.)* ¿Todo bien?

NA. ¿El señor ha dejado algún número de contacto para mí?

ECEPCIONISTA. No señora. Solo la nota.

NA. Ya. Entiendo.

(ANA vuelve a leer la nota y tras unos segundos en silencio. El recepcionista consulta el ordenador.)

ECEPCIONISTA. *(Mirando la pantalla.)* Si lo desea, le puede dejar usted su número de contacto y se lo doy en cuanto vuelva.

NA. *(Abriendo los ojos.)* ¿Será pronto? ¿Falta mucho? ¿Cuándo?

(El RECEPCIONISTA gira la cabeza para mirarla, asombrado por su insistencia. ANA se percata y ahora intenta disimular.)

NA. Tenía que decirle algo importante y depende de cuándo vuelva, me servirá que le llegue o no. Ustedes guardan los números de teléfono de los huéspedes, tal vez es más fácil si me lo da y...

ECEPCIONISTA. No señora, eso no está permitido. *(Vuelve a mirar el ordenador.)* Aquí está. No lo encontré porque ha hecho la reserva otra persona.

NA. ¿Otra persona? *(Nerviosa.)* Ah, sí, claro, es verdad. *(Disimulando.)*

ECEPCIONISTA. Esta vez viene también su mujer. Son los dos clientes habituales. Si quiere, escríbale la nota y yo pongo el número de la habitación y sus nombres.

NA. ¿Sabe qué? Lo he pensado mejor. *(Agarrando el sobre y arrugándolo hasta meterlo en el bolsillo.)* Le escribiré mejor un email.

ANA se retira de la vista del recepcionista y lentamente recoge la chaqueta y el bolso con los ojos llorosos. Sale a la calle. Al respirar inhala profundamente una y otra vez. Se enjuga las lágrimas. Sonríe. Se muerde el labio inferior esperando a que sus ojos vidriosos derramen más lágrimas. Vuelve a limpiarse las mejillas. Contiene el llanto. De repente, un hombre caminando se acerca a ella.

OMBRE. Perdona. *(Enseñando el cigarro.)* ¿Tienes fuego?

NA. No, pero si te consigo fuego ¿me das un cigarro?

OMBRE. Claro.

(ANA entra en el hotel y, segundos después, sale con un mechero. Se encienden los dos un cigarro.)

OMBRE. No eres de aquí.

NA. ¿Se nota? ¿Por qué?

OMBRE. El acento y la ropa (*hace una pausa*) y la mirada.

NA. ¿La mirada?

OMBRE. Sí. Estás mirando al horizonte pensativa. La gente en este pueblo normalmente camina y fija los ojos en el suelo, o en las caras que se encuentran, para saludar. Nos conocemos todos.

NA. Y a mí no me conoces.

OMBRE. Y a ti no te conozco.

NA. Será eso lo que te ha hecho pensar que no soy de aquí y no la mirada.

OMBRE. Pues sí, me has pillado. Pero sonaba mucho mejor lo que te he dicho. ¿Tienes un rato ahora?

NA. ¿Para qué?

OMBRE. He pensado que si no conoces a nadie y te apetece distraerte... tienes cara de necesitarlo.

NA. (*Secándose los ojos.*) ¡Qué perspicaz!

OMBRE. Yo tengo tiempo ahora, y conozco un restaurante ¿Te apetece tomar algo?

NA. Prefiero un bar si no te importa.

OMBRE. ¿No prefieres cenar primero?

NA. No.

OMBRE. Hay un piano-bar que está muy bien aquí cerca y luego hay otro que no está muy bien, pero está cerca.

NA. Ese.

OMBRE. ¿El que está cerca?

NA. Cuanto más cerca, mejor. (*Apaga el cigarro al pisarlo en el suelo.*) Así no me pierdo a la vuelta.

(ANA y el HOMBRE caminan juntos por la calle y se alejan.)

INTERIOR/TARDE; CAFETERÍA

(ANA, JULIA, VICTORIA y ALICIA *se miran durante unos segundos.*)

VICTORIA. ¿Quién lo pregunta?

LICIA. Adelante.

VICTORIA. ¿Te has tirado al desconocido?

ANA. Eso es lo de menos.

JULIA. Pues, ¿qué creéis que ha hecho?

ANA. De verdad, que ese tío ni fu ni fa en mi vida. Es que me da igual. Lo puntúo como haberme hecho una limpieza de cara o haber corrido diez kilómetros. Me lo pidió el cuerpo y me sentó estupendamente.

JULIA. En el momento.

ANA. En el momento, sí. En el momento, claro. La serotonina que segregué la tengo ya en la punta del dedo gordo del pie. *(Se cubre la cara con las manos y cabizbaja continúa hablando.)* Me hizo pupa Matías, porque sigo confiando en la gente, en las personas, y no voy con cuidado. Parece que no aprendo con los años, que no cambio.

JULIA. Eso es verdad, y menos mal, porque sería una pena que un tío que has conocido en un albergue en el culo del mundo te quitara una de tus mayores cualidades. No te flageles. Tú decides quién marca tu vida y quién deja su huella en ella. No vas a olvidarte de esta experiencia, pero tampoco tiene que cambiar tu personalidad. Con el carácter que tú tienes, Julia. Que no eres de arcilla. No podemos dejar que los tíos nos esculpan como un cincel. ¡Que! ¿Pica?, pues sí: pica, incluso escuece... Pues una tirita en el ego y a volar.

LICIA. Y la experiencia, tía. La vida pasa y las experiencias son lo único que alarga el tiempo. Por eso cuando somos niños el tiempo transcurre tan lento, porque todo es nuevo. Yo lo sé bien. De hecho, por eso estoy ahora como estoy.

(VICTORIA y ALICIA *se miran.*)

ANA. ¿Cómo estás?

LICIA. Pues hecha una mierda. Os lo voy a contar porque la angustia me come por dentro, pero de verdad que no quiero escuchar consejos. Esta vez, no.

VICTORIA. Entendido.

LICIA. *(Mirando a VICTORIA.)* Tú ya conoces el principio, pero la cosa ha avanzado y no sé

dónde acabará.

ICTORIA. Adelante, ¿qué ha pasado? Cuéntanos.

CAPÍTULO 4: ALICIA

INTERIOR/NOCHE; SALÓN

(MIGUEL está metiendo a su hija de dos años en el parque y está doblando la ropa limpia. ALICIA a pocos metros, sentada en el suelo, escribe un mensaje en el móvil. Se lee: «Luego te llamo, ahora estoy con MIGUEL».)

MIGUEL. ¿Vas a ir a Yoga?

LICIA. Sí.

MIGUEL. Son ya las ocho menos cuarto.

LICIA. Tengo la bolsa ya preparada. Me calzo y me voy.

MIGUEL. ¿Llegarás para cenar o te vas a volver a quedar con estos tomando algo?

LICIA. No lo sé. *(ALICIA posa el móvil en la mesita del salón y se gira para mirar a MIGUEL.)*

¿Por qué?, ¿te molesta?

MIGUEL. No, pero últimamente cada vez que tienes yoga te quedas tomando algo y no llegas hasta tarde. Solo quería saber si a la tortilla de patata que voy a hacer le echo dos huevos o cuatro.

LICIA. Pues échale cuatro y si sobra, la desayunas mañana.

(MIGUEL deja de doblar ropa y sale del salón.)

LICIA *(Sigue escribiendo, susurra.)* «Salgo de casa en dos minutos y te llamo». *(ALICIA se pone las zapatillas de deporte, se levanta del suelo, se despide de su hija, que está jugando en el parque con un beso; coge la bolsa de deporte que tiene en la entrada y se acerca a la puerta que comunica el salón con la cocina.)* Miguel: me voy.

(Se escucha la voz de MIGUEL desde la cocina.)

MIGUEL. *(Con voz seca.)* Hasta luego

EXTERIOR/NOCHE; EN LA CALLE

(ALICIA camina y habla por el móvil con su amiga VICTORIA.)

LICIA. Victoria, si te digo que no puedo hablar es porque Miguel está delante. Está cansado y molesto. Sale de casa todos los días a las siete de la mañana y muchas tardes cuando vuelve tiene que seguir trabajando en el ordenador. Está irascible y no quiero que el único rato que pasemos juntos hoy me vea colgada del teléfono. *(Pausa.)* Pues porque no quiero dejar de ir a yoga, me siento bien a mí y vuelvo con otra cara a casa, con otra cara y con menos genio. En realidad, lo hago por los dos. Mira ya he llegado. *(ALICIA se detiene delante de una puerta.)* Nos vemos luego. Venme a buscar a yoga y nos tomamos algo.

INTERIOR/TARDE; CLASE DE YOGA

(ALICIA está tumbada boca abajo, su profesor TELMO se acerca a ella y le susurra al oído.)

ELMO. Tienes que intentar mantener las piernas en suspensión el máximo tiempo posible. *(Agarrándola por los muslos y levantándole las dos piernas.)* Así.

(ALICIA permanece con los ojos cerrados hasta que TELMO se aleja.)

INTERIOR/TARDE; PASILLO DEL VESTUARIO

(Acabada la clase, TELMO se acerca a ALICIA.)

ELMO. Nos vamos a ir a tomar unas cañas los de siempre, ¿te apuntas?

LICIA. Hoy he quedado, no puedo.

ELMO. ¡Qué pena!, la próxima vez será. Nos vemos en la próxima clase entonces.

(TELMO se acerca a ALICIA para despedirse y, al acercarse, ella gira la cabeza en el segundo beso, así TELMO la besa en la comisura de los labios. ALICIA pone cara de desconcertada y él se marcha con una sonrisa.)

INTERIOR/NOCHE; BAR

(ALICIA y VICTORIA charlan sentadas en la barra de un bar. El camarero coquetea con VICTORIA y ALICIA sonríe callada mientras hablan.)

ICTORIA. *(Sonriendo al camarero.)* Luego no me digas que no vengo a verte, porque cada vez que puedo me escapo a beber tus margaritas.

AMARERO. No lo suficiente. Yo quiero ver tu cara todos los días.

(El camarero se retira y deja a VICTORIA y ALICIA solas.)

LICIA. ¿Y este mamoneo que os traéis dura mucho? ¿Te has enrollado con él?

ICTORIA. No. Es algo que dura unos meses. Él me tira los trastos y yo me dejo querer. Aunque no me importaría. Es mono. *(Bebe un trago de copa.)* A ver, dime qué es lo que te pasa. Estás muy rara estas últimas semanas. No me coges el teléfono casi nunca. Y cuando me lo coges nunca puedes hablar. ¿Estás bien con Miguel?

LICIA. Pues no muy bien. Como te he dicho antes, está agobiado con el trabajo y no paramos de discutir. Yo estoy hipersensible. Llevo bastante tiempo así, pero estos últimos meses ha empeorado, y me da miedo que esta situación se enquistase.

ICTORIA. Pero vamos a ver, es normal, lleváis juntos desde los dieciocho años. Casi acabáis de tener una hija. Es una crisis como doscientas más que tendréis.

LICIA. *(Interrumpiéndola.)* No es solo la niña. El primer año que nació estábamos los dos agotados. Además, nuestros padres no viven aquí. Teníamos que tirar de la tía de Miguel o de canguros, pero estábamos bien. Teníamos complicidad. Éramos la envidia de todas las parejas en los restaurantes. Nos acabábamos las frases. Yo le obligaba a jugar conmigo a estos cuestionarios absurdos de personajes famosos, o listómetros que me inventaba.

ICTORIA. Sí, sí. Estos juegos tuyos de dime del 1 al 5... donde siempre acabas diciendo: no sabes jugar.

LICIA. Sí. Le hacía test. Le decía: «Hoy toca conocimientos familiares».

ICTORIA. Sí. Es cierto.

LICIA. Pues ya no juego. Y la niña... *(Con voz de llanto.)* Yo la adoro. Los dos estábamos deseando tener un trabajo estable para poder tener hijos, pero es cierto que no ayuda. Es el centro de nuestras vidas y todas nuestras conversaciones.

ICTORIA. Tú eso lo sabías. Lo teníamos habladísimo. El sacrificio que supone... *(Hace una*

pausa y bebe un trago de copa.) Pero, claro, vivirlo es distinto.

LICIA. A veces me parece estar sentada en un ti vivo y cada vuelta es un día más, en el que me encuentro con los mismos pensamientos. *(ALICIA hace una pausa y bebe un trago de copa.)* He perdido toda la ilusión. Me caigo hasta mal. Estos últimos meses la rutina me está matando. Estoy enfadada con Miguel y no se lo cuento porque no sé por dónde empezar; además, tal y como se encuentra él, no me parece justo cargarle con un problema más.

ICTORIA. En el momento en él que lo veas más receptivo, coméntale cómo te sientes. A lo mejor él está igual que tú.

LICIA. No. Él no está igual que yo

ICTORIA. ¿Cómo lo sabes?

LICIA. Porque estamos en puntos distintos. Me conozco. Yo a raíz de esto me estoy distanciando. Él lo está notando y cuanto más me distancio, más se acerca, y yo más me agobio. Hoy se ha enfadado porque creía que iba a salir con los de yoga.

ICTORIA. Pero si Miguel no es así. No le pega nada.

LICIA. Cuando salimos a cenar ya no damos un paseo o tomamos algo. *(ALICIA guarda silencio unos segundos, se quita la chaqueta y bebe un trago de margarita.)* Se ha enrarecido el ambiente, no se me ocurre qué contarle.

ICTORIA. Si tú siempre tienes algo que contar. Aunque sea malo. Es lo que te iba a decir. Eres como un canal de pago con dos mil contenidos.

LICIA. El caso es que no me apetece contárselo a él. Me adelanto a lo que me va a contestar y, si no es así, no me importa. Intenta sorprenderme, a veces, con planes nuevos. A todo le digo que no. Yo creo que estoy enfadada con él. Acumulo rencor.

ICTORIA. ¿Contra él? ¿Por qué?

LICIA. No lo sé. Ese es el problema. A lo mejor los años me han sentado mal y no me he dado cuenta hasta ahora de qué quería. En mi pasado y mi futuro solo va a existir una persona. Necesitaba algo más, haber probado algo distinto.

ICTORIA. ¿Y te has dado cuenta ahora?

LICIA. Sí. Me ahogo cuando atravieso la puerta y entro en el *hall* de mi casa. Ahora lo atribuyo a lo tediosa que es mi vida.

ICTORIA. No estás bien.

LICIA. No. No lo estoy. Ya no sé si es la causa o la consecuencia, pero he empezado a fijarme en otros.

ICTORIA. ¿En qué otros?

LICIA. Tengo un rollo muy raro con mi profesor de yoga y ya no sé cómo interpretarlo. No sé si le atraigo, o me vacila... o me lo estoy inventando y es gay.

ICTORIA. Llevas un año y medio yendo a yoga, y no me has comentado más que tu profesor era un chico muy mono y zen. ¿Por qué tienes un rollo raro? ¿Y por qué crees que es gay?

LICIA. Hoy me ha intentado dar un pico cuando nos despedíamos y yo le he girado la cara. He pensado que a lo mejor ha apuntado mal. O que a lo mejor es gay.

ICTORIA. (*Riendo.*) No es gay. Y lo de no saber apuntar... (*Riéndose otra vez esta vez más fuerte.*) Por favor, ¡qué parda eres! Cómo se nota que solo has estado con Miguel. ¡Te ha entrado, por Dios!

LICIA. ¿Estás segura? ¿Me lo prometes?

ICTORIA. Sí. Te lo prometo. El caso es que a ti te gusta.

LICIA. No me gusta. Me atrae. No siento nada más por él más que atracción. No me interesa qué ha estudiado, si ha viajado o se dedica a la alfarería por las tardes. Pero tengo fantasías. Es algo puramente físico.

ICTORIA. Ya.

LICIA. El caso es que en parte pienso que si me acostara con él, mi situación con Miguel mejoraría. Solo una vez. Una noche y ya.

ICTORIA. No estás segura de eso. De hecho, estás metiéndote en terreno pantanoso, pantanoso e inexplorado. Y yo no te puedo aconsejar. No me siento capaz.

LICIA. Miguel no tiene la culpa de que nos conociéramos tan jóvenes, ni de que estemos pasando por este momento de crisis, pero es la persona que tengo enfrente, la diana de todos mis dardos. Le estoy cargando con un peso que no le corresponde. Él es muy listo y lo sabe. Y está atrapado conmigo en el puñetero tiovivo, y ninguno sabe cómo pararlo porque es algo ajeno, que se nos escapa a los dos. A mí me gustaría haber salido con más hombres y haber tenido más experiencias. Creo que sería capaz de guardar este secreto si lo hiciera. Y mi castigo sería la culpa, pero es un castigo con el que puedo vivir.

ICTORIA. Creo que ya has decidido. Qué es lo que te gusta de... ¿Cómo se llama este chico?

LICIA. TELMO

ICTORIA. ¿Qué es lo que te gusta de Telmo?

LICIA. Me mira con descaro y me toca con intención. Lo suficiente para que yo lo perciba y el resto no. Es seguro de sí mismo. Y me atrae su cuerpo.

ICTORIA. Pero de carácter. ¿Nada? Es solo físico. ¿No hay nada que te guste de él?

LICIA. ¿Tú has visto *Dirty Dancing*?

ICTORIA. Claro, mil veces.

LICIA. Si bueno, ¿tú te acuerdas de cuándo Baby entra en la sala donde estaban bailando el personal del camping con una sandía en la mano y se le acerca Patrick? En ese momento ella ya está enamorada de Patrick Swayze y, vamos a ver, ¿qué conoce de él? Nada: que mueve la pelvis en círculos y tiene un cuerpo de escándalo. Yo no me he enamorado de

Telmo, él no se parece a Patrick Swayze y *Dirty Dancing* es una peli, pero el caso es que en esa escena se siente insegura, está agarrada y él le ayuda a soltarse y por mucho que nos lo quieran vender de historia de amor a primera vista, tú y yo sabemos que es atracción.

ICTORIA. Tú no eres Baby, la tía esa de rizos con la nariz fea. Vamos, ¡ni de coña!

LICIA. Yo no me siento con esa sensación de inferioridad, pero hay un punto, hay un punto *Dirty Dancing* en esta historia. Lo que pasa es que yo lo quiero dejar en una noche, sin clases particulares de baile ni ensayos. Si me acuesto con él, me cambio de clase de yoga o empiezo con clases de *jazz*, que siempre me ha gustado.

ICTORIA. Me da miedo que esto sea algo pasajero y te complique la vida. No creo que seas del tipo de personas que pueden hacer algo así y olvidarlo. Si al final decides hacerlo y no quieres contármelo, lo entenderé. De hecho, creo que sería positivo para ti que lo enterraras y no volvieras a hablar del tema.

LICIA. ¿Te sientes incómoda por Miguel? Sé que él es también amigo tuyo no te quiero hacer cómplice de mi engaño.

ICTORIA. No, no es eso. Antes de nada, soy amiga tuya y, si necesitas una oreja, aquí estoy. Lo digo por ti. Es una situación puntual que no vas a repetir si ocurre, y no creo que necesites ningún recordatorio.

LICIA. Así es. No lo repetiré. No le volveré a ver. Y si esto acaba de estropear las cosas con Miguel, asumiré las consecuencias.

ICTORIA. En ocasiones es más egoísta contar la verdad. Yo creo que acabarás aclarándote. Aunque, como ya te he dicho, la decisión ya está tomada.

INTERIOR/TARDE; CLASE DE YOGA

(TELMO y ALICIA se encuentran en el pasillo del gimnasio y ALICIA le agarra por el brazo para detenerlo.)

LICIA. *(Susurrando.)* No sé cómo lo tienes hoy, pero si te apetece tomar algo, yo esta noche, no tengo ningún plan. ¿Tú?

ELMO. Ahora sí. *(Sonriendo.)* Te espero fuera en el bar de la esquina.

LICIA. Perfecto, me ducho y voy.

EXTERIOR/NOCHE; CALLE

(TELMO espera apoyado en una farola a ALICIA, tiene el pelo mojado y lleva un chándal.)

ALICIA se acerca caminando con paso firme y se detiene a medio metro de él.)

LICIA. Creía que me esperabas dentro del bar.

ELMO. He pensado que en casa tengo bebida y aquí nos vamos a encontrar con todos los que salen de clase. Vivo a cinco minutos andando, y ahora mismo estoy solo porque mi compañero de piso está en Londres; ¿te parece?

LICIA. Me parece.

INTERIOR/NOCHE; APARTAMENTO DE TELMO

(TELMO abre la puerta de su casa; deja la bolsa en el suelo, que está plagado de zapatillas de deporte y detrás, pegada a él, entra ALICIA. TELMO se acerca a ALICIA hasta hacerla retroceder y cierra la puerta de su casa. ALICIA, apoyada en la puerta, permanece inmóvil. TELMO a pocos centímetros de ella se acerca, la contempla durante unos diez segundos y la besa. Después de unos segundos y sin despegarse de ella la agarra a horcajadas y la lleva a su habitación, amueblada con una cama, un armario y una mesa. Encima de la mesa se amontonan tres colchonetas de yoga. TELMO aparta la ropa de deporte que cubre la cama con una mano, tumba a ALICIA dejándola caer suavemente, se quita la camiseta, desnuda a ALICIA rápidamente y se acuestan.)

EXTERIOR/TARDE; TERRAZA DE UNA CAFETERÍA

(ALICIA y MIGUEL están sentados en una terraza tomando un café.)

LICIA. *(Riendo.)* Entonces me tropecé delante de todo el mundo en el pasillo de la oficina y, como creía que no me habían visto, cuando ya estaba en el suelo fingí que llamaban y me puse a hablar por teléfono. Odio cuando se forma un círculo de gente y te pregunta: ¿estás bien? Me tapé con la cortina de pelo y seguí caminando muy digna, roja como una bola de Navidad.

MIGUEL. *(Serio.)* ¿Te hiciste daño?

LICIA. *(Sonriendo.)* No, fue un tropezón.

(MIGUEL continúa bebiendo el café y ALICIA le mira en silencio. Pasados diez segundos

continúa hablando.

LICIA. ¿Del uno al cinco, cuáles dirías que han sido mis peores caídas?

MIGUEL. No lo sé. Te has caído muchas veces.

LICIA. ¿Cuál crees que ha sido la peor?

MIGUEL. *(Serio.)* Quizás la de nuestra boda.

LICIA. Sí. Esa, *(riendo)* pero llevaba tal subidón de adrenalina que ni me di cuenta. Tengo un hueso en la rodilla que asoma desde entonces, uno que antes no tenía.

MIGUEL. *(Levantándose.)* Voy a pagar.

(ALICIA permanece en la silla y cuando MIGUEL está pagando, el móvil de MIGUEL posado encima de la mesa suena. ALICIA lo gira y en la pantalla lee «J». Lo deja en la misma posición que lo ha encontrado. A los pocos momentos vuelve MIGUEL.)

MIGUEL. ¿Nos vamos?, hay que ir a recoger a la niña a casa de mi tía.

LICIA. Sí. *(ALICIA permanece sentada.)* Te han llamado.

MIGUEL. *(Mirando la pantalla de pie.)* ¡Ah! Sí. Es Javier, el del trabajo. Me quería consultar una cosa de la presentación del lunes. Cuando llegemos a casa le llamo.

INTERIOR/NOCHE; SALÓN

(ALICIA está en el sofá leyendo y MIGUEL cambiando una bombilla. Vibra el teléfono de MIGUEL junto a ALICIA boca arriba. ALICIA alza la mirada y lee «Javi Trabajo». MIGUEL se acerca a la mesa rápidamente, coge el móvil y contesta.)

MIGUEL. Javi, ¿qué pasa tío?

(MIGUEL se aleja del salón y vuelve a los pocos segundos. Mientras, ALICIA permanece sentada mirando al infinito. MIGUEL vuelve al salón.)

LICIA. ¿Era Javier? Creía que ya le habías llamado cuando te has encerrado en el cuarto.

MIGUEL. Sí, pero quería otra cosa.

LICIA. Y qué quería.

MIGUEL. *(Mira a ALICIA fijamente y contesta muy serio.)* Otra cosa. *(MIGUEL se sienta en el*

sillón al lado del sofá en silencio sin dejar de mirar a ALICIA.) Hace un mes que no vas a yoga, y me decías que te encantaba.

LICIA. Sí, pero me he cansado. Estaba aburrida. Voy a intentar apuntarme a algo distinto porque me pone de mal humor estar sin hacer nada.

MIGUEL. *(Carraspea.)* Sin embargo, estas últimas semanas te he notado de muy buen humor.

LICIA. Ya, bueno. Tú en cambio no. Tú estás igual.

MIGUEL. Ya, es que yo no he hecho nada distinto para que me cambie el humor. A lo mejor también tendría que apuntarme a yoga. ¿No crees? *(Con tono sarcástico.)* A ti te ha ido muy bien.

(MIGUEL y ALICIA permanecen en silencio mirándose. Después de unos segundos ALICIA se levanta. Y le da la espalda a MIGUEL.)

LICIA. *(Con un hilo de voz a punto de romper a llorar.)* Voy a preparar la cena, ¿quieres algo en especial?

MIGUEL. No. Hoy voy a cenar fuera con Javi, volveré tarde. No me esperes levantada.

LICIA. *(Caminando hacia la cocina.)* Muy bien.

INTERIOR/ NOCHE; HABITACIÓN DE MIGUEL Y ALICIA

(ALICIA tumbada en la cama con los ojos abiertos y llorosos espera en la oscuridad a MIGUEL que todavía no ha vuelto a casa. Unos momentos después se abre la puerta de la habitación y ALICIA, de espaldas, no se gira. MIGUEL se desviste y se mete en la cama. Tras unos segundos ALICIA, interrumpe el silencio.)

LICIA. ¿Te lo has pasado bien?

MIGUEL. Normal

LICIA. Has vuelto tarde.

MIGUEL. Te dije que no me esperaras despierta.

LICIA. Y dime *(girándose para mirar a MIGUEL)*, ¿piensas repetir?

MIGUEL. *(Espera unos segundos antes de contestar mientras los dos se miran a los ojos.)* No, ¿tú?

(ALICIA no contesta, se da media vuelta y tras unos segundos MIGUEL se aproxima y le besa la espalda. Después, la rodea con los brazos y ALICIA no se mueve de postura. Unos instantes

más tarde cierra los ojos.)

LICIA. Buenas noches, que descanses.

FIGUEL. Hasta mañana.

CAPÍTULO 5: TREINTA Y OCHO VELAS Y UN DESEO

INTERIOR/TARDE-NOCHE; CAFETERÍA

(ALICIA se enjuga una lágrima con la manga del jersey y justo en ese momento se apaga la luz en la cafetería. Detrás asoma el camarero, que sale de la barra con una tarta sobre la palma de una mano con treinta y ocho velas encendidas. Todos los clientes comienzan a cantar cumpleaños feliz, incluidas VICTORIA y ALICIA, que además se levantan de la mesa dejando paso al camarero que posa la tarta encima de la mesa. JULIA empuja a ANA del taburete para que se desplace a la izquierda y las dos compartan silla.)

ANA. *(Al oído mientras acaban el cumpleaños feliz.)* Este año, en vez de pedir un deseo por ti, pide uno por mí. A ti ya te han traído muchas cosas los treinta y siete.

JULIA. *(Riéndose y en susurros.)* Eso no vale para nada, el año pasado acuérdate que estaba en Tailandia, no soplé velas.

(Acaba la canción y todos los presentes esperan de pie a que soplen las velas.)

ANA. *(Dirigiéndose a JULIA.)* Por si acaso.

(ANA y JULIA soplan las velas.)

LICIA. ¡A por los treinta y ocho, chicas!

(La sala entera aplaude al unísono.)

NOTA DE LA AUTORA

Tengo una amiga a la que le encanta inventar historias de relaciones con personajes reales.

¿Por qué personajes reales? Pues porque cuando la historia la protagoniza el oyente o alguien conocido, despierta mayor interés. A menudo la historia se alargaba tanto que la tenía que interrumpir porque se había quedado de nuevo hablando sola.

— ¿Te has dormido? —preguntaba.

—Sí, es la una y media de la madrugada y me levanto a las siete y media —le contestaba.

—Píntate una cruz en la mano para que mañana nos acordemos de terminarla.

Y así, continuaba al día siguiente.

Hace un tiempo pensé en mi amiga y en sus historias. Las contaba en discurso directo e interpretando voces. Me apeteció volver a escucharlas, y me planteé atreverme a retomarlas yo y dejarlas escritas. Sin embargo, no fue hasta unos años después, cuando me decidí a llevarlo a cabo, con treinta y ocho años, en plena búsqueda de trabajo. Es sencillo arriesgarse con algo nuevo y poner en ello tu energía y tiempo cuando el éxito no es relevante, cuando el foco se centra en algo distinto y cualquier alternativa resulta apetecible. Ante la idea de llevar a cabo una obligación, nacen unas ganas feroces de dedicarse a cualquier otra cosa. Tampoco ordeno el armario cuando toca el cambio de invierno a verano, sino cuando busco el pasaporte para mi próximo viaje. Y a lo mejor acabo en la cola del Registro Civil con cuatro fotos de carné en la mano porque no he sido lo suficientemente exhaustiva en mi búsqueda, pero los pantalones los tendré bien doblados y apilados en el estante.

Encuentro consuelo en revisar una y otra vez lo acabado, en vez de concentrarme en lo que me queda pendiente y al repasar, esta vez, las historias escritas en momentos de frustración laboral, me propuse hilvanarlas todas para plasmar una tarde de amigas, cafés o cervezas.

Estas no son historias reales, pero sí realistas, como las de mi amiga. Esta vez hay un poco de mí en todas ellas. Las protagonistas cumplen los mismos años que tenía yo al redactar el primer capítulo: «Julia», una historia que me habría gustado que alguien me contase, es positiva y divertida. Aunque sea ficticia, hace referencia a parte de la realidad de muchas personas que se han encontrado en medio de dos generaciones y que han vivido maneras distintas de relacionarse. Después de separarse, han de experimentar por primera vez el anonimato de las redes sociales y las sorpresas que detrás se esconden. Al terminarla quise contar una historia situada en las antípodas e igual de frecuente: la llegada de un primer hijo deseado a un matrimonio que ha dejado muy atrás sus comienzos y se ha acomodado. Esta historia la protagoniza Alicia. Así fue

como nacieron estos dos personajes. Tiempo más tarde imaginaría a Ana, que sufre la traición de un amor desconocido y a Victoria, que vive los principios de una historia que lleva tiempo fraguándose.

Estas son circunstancias y experiencias contadas en un ambiente íntimo, donde yo imaginaría que podría intercambiar este tipo de confianzas con mis amigas, en un encuentro después de un tiempo separadas. Con esta puesta en común en un círculo de confianza y la descripción de los personajes, sus conversaciones y comportamientos, he buscado acercar la realidad a la ficción.

Helena Apalategui